

América Central a 30 años del martirio de Monseñor Romero

A 30 años del martirio de Monseñor Romero, el continente latinoamericano y caribeño se encuentra nuevamente en una encrucijada histórica. Como entonces, atravesamos una profunda crisis estructural que remece todas las dimensiones de la vida en nuestros países, al mismo tiempo que un nuevo ciclo histórico de luchas populares y revolucionarias se va extendiendo por la región, con su carga de amenazas, esperanzas y desafíos.

El mayor de todos, sin duda, será que este ciclo sea capaz de sortear el cerco militar y represivo que desde el imperialismo norteamericano y de las clases dominantes locales intentará tenderse para abortar la alborada de justicia, libertad y soberanía que nuestros pueblos han buscado con tesón infatigable por más de 500 años.

Persistencia y cambio de los factores estructurales

Siendo América Central¹ la subregión continental más pequeña de las que se suele considerar al analizar nuestro continente, constituye sin embargo, un eslabón particularmente sensible en los patrones de hegemonía continental –y mundial- que han prevalecido sobre nuestra América Latina y el Caribe desde la colonización europea.

Su privilegiada posición interoceánica ha hecho que su territorio se convierta en una “zona geoestratégica” como área vital, dentro de los planes de dominio a escala mundial. Esa percepción ha sobredeterminado su inserción política y económica, desde los tiempos del colonialismo español hasta los de su incorporación subordinada al sistema capitalista internacional liderado por el imperialismo inglés primero y estadounidense después².

A lo largo del último siglo, América Central pasó a ser concebida además como parte de la zona de seguridad inmediata de los EE.UU. Una zona en la que el poder estadounidense no acepta se instale y permanezca una hegemonía distinta a la suya. No trepidando para ello en incurrir en el más abierto y flagrante intervencionismo político y militar. La última evidencia de ello ha sido, claro está, el golpe en Honduras contra Manuel Zelaya y la re-instalación formal de un nuevo gobierno títere en ese país.

Paradójicamente, una enorme fragilidad política y económica ha caracterizado desde siempre a los sistemas de dominación imperantes en la mayoría de los países del istmo.

A pesar que en los últimos 20 años se transitó desde un escenario de guerra y dictaduras militares a democracias electorales, la institucionalidad democrática sigue siendo muy débil y precaria en toda la zona, con la excepción parcial de Costa Rica. La violencia política se redujo de modo significativo, pero ningún juicio y castigo han recibido los responsables de los más de 300 mil asesinatos cometidos durante el conflicto armado de

¹ Los 7 países del istmo centroamericano: Belice, Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua y Panamá, con una extensión de 522.765 kilómetros cuadrados, albergan una población de unos 38 millones de habitantes.

² “Otro mundo y otra iglesia son posibles. Un acercamiento al catolicismo centroamericano contemporáneo.” Guillermo Meléndez, CEHILA-DEI, Costa Rica, 2008.

los años 80. Algunos genocidas incluso, como el general Efraín Ríos Montt, en Guatemala, siguen conservando un curul parlamentario.

En este contexto, los ejércitos y los altos mandos militares han mantenido un peso decisivo en las instancias de poder, tanto por su relación privilegiada con el Pentágono y sus organismos de operación en el área -la DEA, la CIA y el Comando Sur-, como por el poder empresarial que han alcanzado³. En los últimos años, incluso, se aprecia una tendencia al crecimiento del presupuesto de los ejércitos en la región, particularmente en Guatemala y Honduras.

En general, no existen partidos políticos con alguna tradición histórica. La oligarquía se representa políticamente a través de líderes empresariales o caudillos militares. Campea el crimen organizado, las “maras”, mientras caen los presupuestos para los sistemas de justicia. En Centroamérica aunque existen leyes y rigen convenios internacionales, “el acatamiento y la aplicabilidad de las mismas es un ejercicio de poder que descansa sobre prácticas mafiosas con amplias redes de corrupción que involucra políticos, empresarios, militares y parte de la jerarquía de la Iglesia Católica”⁴.

En el plano económico, la tradicional estructura de dependencia basada en la exportación de alimentos (café, algodón, caña de azúcar, bananos) se reemplazó en los últimos 20 años con la reforma neoliberal, pasando a concentrarse en actividades de maquila de textiles, comercio, turismo y servicios en las que la competitividad descansaba en la explotación de la mano de obra barata y su proximidad con la economía de los EE.UU. El TLC suscrito con los EE.UU. terminó por liquidar a la agricultura tradicional y empujó a las masas campesinas empobrecidas a los cinturones urbanos de pobreza; cuando no directamente a la emigración.

La estabilización macroeconómica y el control de las variables fiscales alcanzada en la década de los 90, ha sido posible en gran medida por las remesas que envía la población emigrante, que se eleva por encima de los 4 millones de personas. El monto de las remesas duplica los ingresos de exportación en El Salvador y Honduras y en éste último representan el 28% del PIB⁵. Un flujo de remesas que en 2009 ha tenido una sensible reducción –del orden del 10 al 15% menos- como consecuencia de la crisis en EE.UU.

En el plano social, Centroamérica ya es mayoritariamente urbana, aunque porcentajes significativos de la población siguen viviendo en el campo. Sólo en Honduras se mantiene un predominio de la población rural sobre la urbana. Y están en el inicio de la llamada “transición demográfica”, luego de experimentar un fuerte crecimiento (20%) entre mediados de los 90 y el presente. Excepto el caso de Costa Rica y Panamá, las sociedades están fuertemente polarizadas entre reducidas castas oligárquicas y enormes mayorías pobres, sin mayor conformación de sectores medios. Prevalecen niveles de pobreza y de desigualdad que están dentro de los mayores de todo el continente⁶. Y el

³ “Sinopsis de un proceso de pacificación y democratización fallido en la región”, Carlos G. Aguilar, 30 de julio de 2009, www.ircamericas.org

⁴ Idem.

⁵ “Estado de la Región en Desarrollo Humano Sostenible 2008. Un informe desde Centroamérica y para Centroamérica”, San José de Costa Rica, Septiembre 2008. www.estadonacion.or.cr

⁶ Según el “Panorama Social de América Latina 2009”, CEPAL, los niveles de pobreza por país son: Honduras: 68,9%; Nicaragua: 61,9%; Guatemala: 54,8%; El Salvador: 47,5%; Panamá: 27,7%; Costa Rica: 16,4%.

nivel de cobertura de la red de protección social y de ejercicio de los derechos y servicios básicos para la población (educación, salud, seguridad social, empleo formal) es muy reducido. Lo que se asocia a elevados niveles de violencia social.

Dos momentos históricos distintos

Al inicio de los años 80, en América Latina y el Caribe prevalecía una situación política fuertemente diferenciada. Mientras en el Cono Sur –Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil- imperaban dictaduras militares de “Seguridad Nacional”, en la vertiente andina Perú y Ecuador recuperaban la democracia electoral que habían conservado Colombia y Venezuela encabezadas por las fuerzas políticas tradicionales.

En ese contexto, con un campo capitalista liderado por EE.UU., que venía de ser derrotado en Asia –por Vietnam- y en África –donde Cabo Verde, Guinea Bissau, Angola y Mozambique se liberaban del yugo colonial portugués-, Centroamérica pasó a ser una zona de atención privilegiada para el imperialismo norteamericano, a partir del triunfo de la Revolución Sandinista de 1979.

La dinámica política que se extendió por todo Centroamérica –en la que los regímenes oligárquicos y autoritarios cerraban todos los espacios a una reforma política, económica y social-, aceleró la dinámica de organización y movilización de las amplias masas pobres por sus derechos. Y su canalización a través de las acciones directas y la lucha guerrillera, específicamente en El Salvador y Guatemala.

El imperialismo estadounidense, a partir de Reagan emprendió una estrategia de “roll back”, de hacer retroceder todo el avance del movimiento anticapitalista a nivel mundial y uno de los “terrenos decisivos” en que empujó sus fuerzas para imponer tales objetivos estratégicos, fue en Centroamérica, y en particular, en lograr la derrota del movimiento popular y revolucionario en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Enormes cantidades de recursos financieros y militares fueron desplegados a lo largo de toda la década de los 80’s para alcanzar esos resultados. Y Honduras fue utilizada como territorio base para concentrar el apoyo logístico, operativo y de inteligencia en esa guerra particular.

Como sabemos, hacia 1992, con la derrota política y electoral del sandinismo en Nicaragua y los “acuerdos de paz” en Guatemala y El Salvador, ese momento histórico se cerró con un saldo altamente favorable para las oligarquías locales respaldadas por el imperialismo norteamericano, cuyo predominio se consolidó ahora en un marco de democracias electorales y reformas neoliberales.

El movimiento popular centroamericano terminó exhausto y con serio debilitamiento de sus estructuras de organización y participación popular. “Las fuerzas de izquierda no solo modificaron sus estructuras militares, sino sus programas de acción y la base de sus idearios políticos. En el mejor de los casos, los grandes partidos sobrevivientes (Frente Sandinista en Nicaragua y Frente Farabundo Martí en El Salvador) devinieron estructuras con altos niveles de burocratización y compromisos adquiridos en alianzas

que limitan su capacidad de modificar radicalmente las estructuras de dominación en sus países”⁷.

El momento histórico actual, es distinto. La crisis estructural del sistema capitalista ha estallado y convergido con una crisis ecológica y energética, que permiten hablar de una crisis aún mayor, civilizacional, a nivel planetario.

En el marco de ella, el imperialismo estadounidense ve acelerarse su proceso de decadencia. Nuevas potencias, algunas antiguas y otras emergentes, le disputan espacios de hegemonía y la configuración de un nuevo orden geopolítico y económico internacional está sobre la mesa. Tal situación no encuentra por ahora nuevas respuestas por parte de los EE.UU. que tienden a aferrarse a recetas económicas de coyuntura para salir de la recesión, mientras paralelamente sigue desgastando su capital político y militar en las guerras de ocupación que mantiene en Irak y Afganistán.

En América Latina y el Caribe, la crisis neoliberal a lo largo de la última década fue abriendo un cambio de panorama caracterizado por la pérdida de hegemonía de la política de EE.UU. y sus aliados en la región y la aparición de nuevas fuerzas políticas y liderazgos que catalizaron la emergencia de los pueblos indígenas y de nuevos movimientos sociales, que protagonizan un nuevo ciclo histórico de luchas a nivel continental.

A la estrategia de integración regional de los EE.UU. para la región le han salido competidores, no sólo desde el viejo continente, sino que también desde Brasil y Venezuela. Y la confluencia de tales fuerzas está favoreciendo un proceso de conformación de nuevos espacios, como UNASUR y la reciente Comunidad de Estados de América Latina y el Caribe (CALC), que entraría a superar y reemplazar al grupo de Río.

El desafío que supuso la constitución de la ALBA y Petrocaribe, y la adhesión a estos espacios de varios países de Centroamérica, erizó al imperialismo norteamericano. Mientras los instrumentos del Plan Puebla Panamá –o Proyecto de Integración y Desarrollo Mesoamérica, bajo su nuevo nombre- no han significado mayor atención a las urgencias económicas y sociales agudizadas por la crisis, los acuerdos para abastecimiento energético y alimentario del ALBA y Petrocaribe suscitaban creciente popularidad y apoyo en la sub-región.

La posibilidad de un nuevo bloque gubernamental no totalmente alineado con los intereses de los Estados Unidos y de los grupos más conservadores de la Iglesia Católica y de la cúpula militar-empresarial, formado por el CA-4 (Guatemala, Honduras, Nicaragua y El Salvador), alcanzó a suponer una amenaza seria para el control regional y sobre todo para la expansión de negocios que vienen contrayéndose con la actual crisis mundial. En ese contexto, cabe entender el golpe en Honduras, como

⁷ *Sinopsis de un proceso de pacificación y democratización fallido en la región*, Carlos G. Aguilar, 30 de julio de 2009, www.ircamericas.org

un intento desesperado de contener el cambio político que se está desarrollando y de revertirlo.

La instalación de un nuevo gobierno en Honduras, que no ha sido reconocido por la mayoría de los países del continente y del mundo, ciertamente no ha terminado por resolver ni cerrar la crisis en ese país centroamericano. Aunque han creado un precedente que se cierne como sombra sobre los procesos políticos y sociales de toda Centroamérica, y en definitiva sobre todo el continente.

Los impactos de la crisis económica mundial son particularmente fuertes para el istmo centroamericano, en razón de su alta dependencia comercial y financiera del mercado estadounidense. Además de la caída de sus exportaciones, enfrentan una restricción del crédito externo, una caída de la inversión extranjera directa, de las remesas y del turismo. La única buena noticia en este entorno, sería un mejoramiento de los términos del intercambio para esta subregión⁸. “Estas condiciones complejas y llenas de incertidumbre podrían prolongarse por algunos años”, advierte la CEPAL.

De hecho, todas las economías centroamericanas, excepto Panamá, habrían registrado caídas del PIB entre un -1% a un -3% y se espera para el 2010 recuperaciones muy modestas, con crecimientos del orden del 4,5% para Panamá, 3,5% para Costa Rica, y del 2% y menos para el resto⁹.

La crisis afecta el bienestar social por múltiples vías, “a) el regreso de migrantes y la disminución en las remesas familiares; b) la pérdida de empleo (con la consecuente reducción de la población cubierta por la protección social formal); c) el empeoramiento de la calidad del empleo; d) la contracción del gasto público social a consecuencia de una menor disponibilidad de recursos públicos, y e) la limitación en ciertos flujos de cooperación externa”¹⁰. De esta forma, los limitados avances en los indicadores sociales en los años 2003-2007 se están viendo revertidos en este escenario de crisis y abren espacios de mayor inestabilidad social y política

Profundos interrogantes y desafíos se abren en Centroamérica en este contexto. ¿Cómo abrir paso a una economía que dé cuenta de las necesidades más básicas de la población y le dé justicia y sustentabilidad social y ambiental al crecimiento? ¿Cómo poner coto a la violencia social y política que amenaza crecientemente con desintegrar la recomposición social y ciudadana y la soberanía de cada país y de la subregión? ¿Cómo emprender de manera más resuelta y decidida la integración no sólo desde los gobiernos sino desde los pueblos mesoamericanos y latinoamericanos?

Ser capaces de remover los factores estructurales que han lastrado su verdadero desarrollo, requiere tomar en cuenta el nuevo momento histórico que se vive y resolverse a avanzar sobre la base del protagonismo popular, de la unidad, de la

⁸ “Enfrentando la crisis: Istmo centroamericano y República Dominicana: 2008-2009”, CEPAL LC/MEX/L.904/, 13 de noviembre de 2009.

⁹ “Balance Preliminar de las economías de América Latina y el Caribe”, CEPAL, diciembre de 2009.

¹⁰ “Enfrentando la crisis:..., op.cit.

conciencia, la organización y la movilización de todas las fuerzas democráticas y populares de la región y del continente.

En abril de 1980, en respuesta al asesinato de Monseñor Romero, se creó la más amplia unidad de las organizaciones sociales y políticas de la historia precedente de El Salvador, el Frente Democrático Revolucionario; que luego convergería con la unidad de las fuerzas guerrilleras populares, del FMLN, originándose así el FDR-FMNL. Que este aniversario sea motivo para dar un salto histórico similar en la unidad de todos los pueblos centroamericanos para enfrentar a sus enemigos de ahora y de siempre.

Manuel Hidalgo V

23 de marzo de 2010